



EL CLERIGO MENTOR.

PERIÓDICO LITERARIO, POLÍTICO, RELIGIOSO.

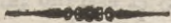
ADVERTENCIA.

De mejor gana les daría de puñadas: :: huu ::
¡qué alcornoque! — Que es eso, Cosea? ¿por qué
grünes? — Porque hé de grüñir, Sr.? porque
no parece sino que todo se conjura contra el po-
bre Escritor. ¿No era bastante el haber tenido
vd. que aprontar los cuarenta mil del pico?: no
era bastante el tener que lidiar con Promotores

Fiscales fogosos y nuevos en el oficio, con el Jefe Político, con el Editor responsable, con la Administracion de correos, con los Corresponsales y con todo vicho viviente, que tambien habian de venir estos á echarlo á perder. — Quienes, hombre? — Los Cajistas, Sr., los cajistas. — Pues que han hecho? — Nada, una friolera, comerse no digo letras, sino renglones y mas renglones; no parece sino que son esclaus-trados ó cesantes, segun el hambre que tienen. — A ver::: me entregó entonces Cosca el *Asperges V*, y ví que le habian truncado enteramente, dejándole sin sentido. Confieso que me faltó poco para tomar una resolucion fuerte, enérgica; pero entró luego la reflexion y se calmó la ira; mas esto no impidió el que digera á Cosca: toma, ve á la imprenta y dí á los cajistas que el *Clérigo Mentor* no es como los Ministros, que dajan pasar los abusos sin remediarlos; y así, que se tomen el trabajo de volver á componer este artículo, porque no es justo que á tu amo le cuelguen milagros, que no ha hecho; y diles al mismo tiempo, que pongan mas cuidado en la puntuacion y en letras patas arriba y patas abajo. Lo hizo así Cosca, y esta es la causa de que hoy se repita el artículo del número anterior, cuyo epígrafe era: *el ente indefinible* (a).

(a) En otro número se compensará á los suscritores esta repeticion, dándoles otro artículo demás.

EL ENTE INDEFINIBLE.



Apenas se habian retirado las sombras de la noche; aun no se dejaba sentir la benéfica influencia de la venida de la aurora, alegrando todos los seres de la naturaleza, cuando ya Cosca, saliendo de su aposento se dirigió al de su amo para despertarle. Señor..... Señor..... le dijo: que es hora que su merced deje el lecho.—Bien, hombre, voy allá: dime, ¿qué hora tenemos?—Las cuatro y media acaban de dar.—¿Las cuatro y media?—Sí señor.—¿Y has tenido valor para molestarme tan temprano? ¿Has querido perturbar mi tranquilo sueño, siendo éste el único desahogo que tiene un pobre Cura, y el único objeto para que han quedado los Curas en esta Católica España?—Señor, si ya es hora de que haga la señal del alba, y de que vd. diga Misa; y con este motivo venia á preguntar el color del ornamento que hoy pide la Iglesia.—Qué alba, qué ornamento, ni qué berengena, hombre; ó tú estás loco, ó no sabes ni lo que te dices, ni en donde te hallas. ¿Pues qué ignoras que estás en Madrid?—Entonces el Sacristan, dándose una palmada en la frente y restregándose los ojos, como quien sale de una pesadilla, exclamó: ¡Ah majadero de mí! ahora es cuando

caigo de mi burro: créi, señor, que aun estaba en mi pueblo: son tantos y tan diversos los objetos que ayer por primera vez se presentaron á mi vista, que no es extraño tengan perturbado mi magin. Pero de todos modos, Señor, no será malo que se levante, porque como dice el refran, *al que madruga Dios le ayuda*, y como dijo el otro: *el que se levanta tarde, ni oye Misa ni come carne*; y como decia mi.....—Bien, está bien; no empieces con tus refranes, porque voy viendo que si á tí te dejan hablar, vas á parecer á cierto Señor Diputado por Cataluña, que despues de haber dicho en el Congreso mil vaciedades ajenas de la ilustracion de tan respetable cuerpo, se incomodó porque la prensa sensata ridiculizó sus doctrinas; pero esto no es ahora del caso; lo que tú debes hacer, es ponerme una luz sobre aquella mesa, y mientras que yo rezo las horas canónicas y dedico algun tiempo al estudio, ve disponiendo el desayuno, y cuida despues de limpiar esa ropa tuya y mia de manera que esté curiosa, porque hoy tenemos que hacer algunas visitas.

En efecto, el Clérigo Mentor, á fuer de cristiano rancio, despues de haber dado gracias al Omnipotente por conservarle la vida, (que no es poco en todo tiempo, pero que en este mas que otro alguno es necesario todo el poder de un Dios para que la conserve un Sacerdote) se puso á rezar sus horas canónicas y dedicó despues una hora al estudio, segun costumbre que de

muchos años tenia. (1) Ya se disponia á pedir á Cosca el desayuno, cuando sonó la campanilla y momentos despues se presentó aquel en su habitacion seguido de un jóven como de unos veinte y tres años, robusto y bastante agraciado, aunque su traje indicaba no estar muy adelantado en metálico. Levantóse el Mentor de su poltrona como exigia la política y la cortesanía, y despues de haber precisado á tomar asiento al jóven desconocido, le indicó se sirviera manifestar el objeto de su venida. Entonces el jóven, animado por la buena acogida, que habia hallado en el Mentor, se esplicó en estos términos:

Eclesiástico venerable: ha llegado á mi noticia el pesado cargo, qué habeis tomado á vuestra cuenta, de denunciar á la pública execracion cuantos abusos é ilegalidades se atreven á cometer los Gobernantes de cualquier partido ó bandería á que pertenezcan. ¡ Empresa grande; empresa propia de un ciudadano ilustrado, y empresa que deberian tomar á su cargo cuantos escritores públicos se conocen! en esto sin duda emplearian mucho mas útilmente las llanas de sus periódicos, que en esponer difusamente agra-

(1) No fuera malo que todos los Eclesiásticos tomaran esta misma costumbre, la que borraría la in-noble nota que el Clero tiene merecida de ignorante y se evitaria el que se presentasen en el Sínodo Arzobis-pal un infinito número de Eclesiásticos que ni aun saben leer el latin. Si el Clérigo Mentor miente pueden testificarlo los Sinodales.

vios personales y resentimientos particulares por medio del sarcasmo y diatribas, que ademas de dar muestras de tener pechos poco nobles los que tal hacen, solo dan por resultado un escándalo público.

Y bien, jóven, replicó el Mentor, ¿no podré saber quién sois, y qué servicio exigís de mi persona? — No os puedo responder de una manera satisfactoria, y tanto es cierto, que eso es lo que os venia yo á preguntar; y en caso probable de tampoco saberlo vos, he de merecer que hagais esa pregunta al Gobierno en uno de vuestros *Asperges*. No os sorprendais, apreciable Sacerdote: la simple esposicion de mis circunstancias os convencerá de que puedo ser llamado el *Ente indefinible*. Escuchad.

En el año en que el Ministro Mendizabal, tan largo en promesas como en estatura, tuvo á bien mandar que se cerrasen los conventos y que cada uno de los regulares se buscase su madre de Dios; yo, que era uno de estos, jóven no ordenado *in sacris*, pero sí de menores, me ví precisado á retirarme al pueblo de mi naturaleza y á la casa paterna. No bien habia descansado de mi viage, quando incluído en el sorteo de la quinta mandada ejecutar por el Gobierno, tuve la felicidad de salir quinto, y trasladado inmediatamente á la Capital de provincia, á los tres meses fui agregado á un regimiento y no tardé otros tres en pasar al teatro de la guerra.—De esos teatros, pocos, replicó

el Sacristan que oia la relacion.—Calla, dijo su amo; y no interrumpas la historia de la vida de este jóven.—Que en toda ella me porté con honor, y que llené los deberes de un valiente soldado español, aunque no lo comprobáran estas cintas que adornan mi pecho, pudieran demostrarlo las honrosas cicatrices, que en diversas partes de mi cuerpo han quedado como selladas para eterna memoria; y tanto es esto cierto, que herido en una de las últimas acciones dadas pocos dias antes de arrojar al Pretendiente al otro lado de los Pirineos, obtuve como inútil la licencia absoluta de mis gefes.

Ahora bien; podrá quejarse justamente mi Patria en manera alguna de mi persona? ¿No la sacrifiqué mi libertad? ¿No la dediqué mi juventud? no espuse mi vida en su defensa? Por ella ¿no derramé mi sangre? Y en recompensa de estos sacrificios, qué clase de premio he obtenido? Lo diré claro: la inutilidad, la abyeccion, el desprecio. El desprecio, sí, pues no hay ser mas despreciable que el esclavo, y este es el estado, á que yo he quedado reducido despues de tantas fatigas. Y si no, decidme? ¿puedo llegar al colmo de mi primitiva carrera, en la que hice dispendios de tanta consideracion? no, una real orden me prohíbe recibir las órdenes mayores: puedo optar á la mano de una joven, haciéndome parte de la sociedad, y disfrutando los derechos, de que goza el ciudadano mas despreciable? tampoco, el lazo de los votos me lo prohíbe: ¿puedo dedicarme á otra clase de giro? ¿seguir otro rumbo?

menos, mi adulta edad me lo estorba: soy ó puedo llamarme soltero, casado, viudo, eclesiástico, religioso, cura, fraile ó alguna otra cosa? nada: pues en este caso, ¿qué seré? *un ente indefinible*; ¿y podré yo decir que hay libertad, que reina la Constitucion, que tienen las riendas del Gobierno personas ilustradas? A no ver otras obras, jamas ni yo, ni otros infinitos, que se hallan en igual caso, podremos decir mas que el que la libertad es una ilusion, que la Constitucion ecsiste solo en el nombre, y que el Gobierno no cuida verdaderamente de hacer la felicidad de los Españoles.

Asi habló el desconocido joven despidiéndose al punto del Clérigo Mentor; despues que este le hubo prometido que denunciaria al público este abuso. De ningun otro modo mejor hemos podido dar cumplimiento á nuestra promesa, que copiando sus mismas palabras, aconsejando al mismo tiempo al Gobierno que no las eche en olvido, proveyendo cuanto antes en un asunto que lo reclama la religion, la justicia y la opinion general.



LA CASA DE LOS CIEGOS.

No bien habia salido el desconocido Joven, cuando el Sacristan conmovido en gran manera de la investiva, que contra el Gobierno con tanto ardor y justicia habia pronunciado, llamó la aten-

cion de su amo con su socarronería acostumbrada. Sabe vd. lo que digo, Señor? — Qué dices hombre? — Qué? que no estaría mal ni fuera de propósito el que aconsejara vd. al Gobierno volviese á abrir los conventos? —

Era preciso abriese Dios los ojos del entendimiento y raciocinio para que discurrieses mejor ola! y saldrias muy bien librado, porque al cabo te ponias en manos de un padre, porque está seguro que si á los hombres te encómendabas, no faltaria quien te abriese en canal, para que no volvieses á decir semejante heregía. Y si no anda, vé á proponérselo á Murga, á Olózaga, á Cordero, al hermano Ibañez de los Jesuítas y otros varios, y verás lo qué te responden. Pues Señor, si no estos y los demas, que se han puesto al sol, dejando á la luna á los Frailes, el Gobierno y todos los otros lo aprobarian con una condicion, que yo propusiera. — Y qué condicion pondrías? — La de que, despues de pasado el año de noviciado, se obligase á los frailecitos á pasar otro semejante al que ha pasado en las provincias este hermanito que acaba de salir.

—No digas tamaños disparates: pues no conoces que de ese modo no hubiera habido mas que algun que otro Fraile? — Si Señor, pero ese algun que otro hubiera sido bueno, y á la España no hacian falta muchos Frailes, sino Frailes buenos. — Calla, calla, majadero, que metes la hoz en mies ajena, y asi no es extraño que te lo echen en cara, y que como en terreno poco conocido, cada paso sea un tropiezo. — Cá, Señor,

este terreno bien conocido le tengo, y para dar una prueba de ello, escuche vd. un caso, que viene á pelo. Poco tiempo antes de tomar vd. posesion del Curato de nuestro pueblo y de que yo tuviese el gusto de conocer á su mercé, ocurrió que el hijo único de una Señora viuda y poderosa, á quien vd. y yo conocemos, entró novicio en el convento de Franciscanos, que está estramuros del lugar. No faltaron malas lenguas que digeron, que solo las continuas visitas del Provincial, del Guardian, de los Definidores y Vicarios pudieron recabar de la madre y del hijo esta gracia, á que no se sentian bastante inclinados, y aun añadian, que en esto los Frailes no habian obrado movidos del bien sino de los bienes.. — Mira, Cosca, refiere puramente el hecho, y no vayas añadiendo circunstancias. — ¡Que vivo es vd., señor! á eso voy. Pues como iba diciendo, lo cierto es que él entró. Escusado es decir, que en vez de enseñarle la regla de San Francisco, le traian en palmitas, le mimaban, y en todo hacian la vista gorda. Locos estaban de contentos los Frailes al ver que se iba pasando el año y se acercaba la profesion. Mas el novicio, que á propósito habia dejado pasar mas tiempo para dar el golpe mas seguro, cuando ya le pareció oportuna la ocasion, se presentó al maestro de novicios, y de buenas á primeras le intimó la noticia de que aquel mismo dia estaba resuelto á dejar el hábito y cordon. Considere vd. cual quedaria el buen Padre al oir tal resolucion en su novicio: al momento, cual si cre-

yera que así hablaba su discípulo por efecto de diabólica tentacion, saltó hacia él, y nosin hacerse la señal de la cruz, con poderosas razones empezó á disuadirle. Mas el muchacho firme en sus trece no dió otra respuesta á sus argumentos que el que no residiria por mas tiempo, donde todas las cosas iban al reves. Aqui, decia, se prohibe con gran rigor toda comunicacion con la comunidad sin duda para que no abran los ojos á los novicios, cuando deberia ser al contrario para el mejor acierto. En el coro los padres graves, que por su edad no pueden ver ni aun con anteojos, se colocan á diez ó doce pasos del facistol; y los jóvenes que tenemos vista de lñces, estamos con los ojos pegados á las letras. Los Padres graves, que por sus años de religion deberian estar mas arraigados en la virtud, y huir con mas cuidado del bullicio del mundo, se meten diariamente entre los seglares y averiguan los secretos mas reconditos de las familias: al paso que los jóvenes, con quienes se deberia tener consideracion por sus pocos años estan cerrados noche y dia entre cuatro paredes. En una palabra, Padre, aqui va todo contra lo que dicta la razon, así es que los jóvenes inespertos contraen obligaciones sin conocerlas, y yo por mi parte no estoy de ese humor; con que así, ahí quedan los hábitos, que yo me voy: y no hubo mas, que así lo hizo. Dígame vd. ahora, Señor, podrian suceder en las comunidades religiosas tales abusos, supuesta la condicion que yo propongo? — Calla, calla, maulon, déjate tú ahora de Frailes, anda, trae

el chocolate, que ya estará como un hígado, almuerza tú, dispon mi ropa, y ponte tambien curioso, porque vamos á salir.

No hubiera podido dar á Cosca noticia mas alhagüeña, pues por momentos estaba deseando verse en la calle, así es que poco tardó en hacer que nos hallasemos en ella: Caminaba mi Sacristan á mi lado, no sin hacerme cincuenta preguntas, y no sin admirarse del ningun respeto, que en la Côte se tiene á los Sacerdotes, aun por aquellas personas que se tienen por piadosas. No pude menos de recordar con este motivo la magnífica descripcion, que se hace en el Levítico de todas y cada una de las vestiduras del sumo Sacerdote y de todos los demas de la Tribu de Leví, y del respeto, que parece está inculcando el mismo Dios, se tenga á los Sacerdotes, cuando tan grandioso dispuso fuese su trage exterior. Se me vino tambien sin querer á la memoria aquella silla curul, aquellas soberbias literas, aquel lucido acompañamiento de lictores, aquellos privilegios esclusivos del Sacerdócio, con que le distinguia aun la misma gentilidad, y en ella la sabia Grecia y la soberbia Roma. Pero va! dije para mis adentros, todos aquellos no fueron mas que unos ignorantonnes: en estos jovencitos imberbes sí que se halla la ciencia y el saber. *O tempora! ó mores!*

Haciendo estas reflexiones me encontré sin pensar en la puerta de la Vicaría, á donde me dirigia y á donde iba á entrar, con objeto de renovar las licencias de decir misa. Mas Cosca,

que como de mejor vista, nada se escapaba á la perspicacia de sus ojos, asiéndome del manteo, me retraia de que entrase, y con descompasadas voces me decia. No pase vd. adelante, "Sr. no quiera vd. inficionarse en toda clase de maldades: en esta casa debe estar la escuela de obscenidad, el albergue de la impureza, el ... — ¡Deliras, hombre? has perdido el juicio? sabes que te hallas en la Vicaría? — Lo sé Sr. porque vd. me lo dice; pero ninguno, á no ser asi, podrá figurárselo ciertamente, porque mas bien que Vicaría, podria llamarse entrada de la galera, del presidio, de la carcel, ó cuando mas, cuerpo de guardia de un cuartel: mire vd. si no las paredes del portal, y dígame vd. si tengo, ó no, razon. En efecto reparé entonces, y las ví todas ellas cubiertas de letreros indecentes, obscenísimos, provocativos á impureza, y de cuya simple lectura se resistiria, aun la moral mas corrompida. Tienes razon, le digo. — Y tanto como la tengo, Sr.: pero dígame vd. por una pregunta, el Sr. Vicario eclesiástico es ciego? — Me parece que no. — Y los Notarios y Oficiales lo son? — creo que tampoco. — Pues yo digo á vd. que sí; ó por lo menos que si no quitan este escándalo, no deben estrañar que en la Côte se les llame *Ciegos, obscenos y á la Vicaria la casa de ellos.*

NOTICIAS SUELTAS.

DIOS Y LA REINA.

El Clérigo Mentor, que así maneja el hisopo para conjurar los espesos nublados producidos por los abusos, como está pronto á tributar el debido elogio á cuantas personas lo merecen en su pobre concepto, faltaria á la imparcialidad, que se ha propuesto en su marcha periódica, si no consignara en las páginas de sus *Asperges* un hecho en todos sentidos recomendable.

Serian las 7 y cuarto de la noche del 11, cuando volviendo de su acostumbrado paseo S. M. Doña Isabel II en compañía de su Augusta Hermana, halló á la Magestad Divina, que habia salido de su iglesia á visitar á un enfermo.

Divisarle las Augustas Princesas, descender de su coche, ofrecérsele generosamente, constituirse detras de él, y acompañarle á pie por gran trecho de la Calle Mayor, Bordadores, Plazuela de S. Gines, hasta que en esta parroquia fué depositado en el Sagrario, fue acto de la mayor edificacion, aunque obra de un momento. Pero menos tardó el pueblo madrileño en admirar la inequívoca prueba de piedad, religion y generosidad. A un golpe de vista se coronaron los balcones de todas las casas, las calles se llenaron de admiradores, cuyos ojos no perdian de vista aquellas dos inocentes criaturas, que, obrando segun las nobles ins-

piraciones de su corazon, atraian con irresistible fuerza los de los espectadores.

¡Loor mil veces á tan encantadoras criaturas! Loor tambien á toda la regia comitiva, que tan edificante se manifestó en acto tan religioso. Sigando dando pruebas tan convincentes de religiosidad cuantas personas rodean á las augustas niñas, y crean que de este modo se ponen á salvo de los malignos tiros de la animosidad de sus adversarios. La España sin duda se convencerá de que no puede recibir lesion, antes mucho auge y prosperidad la Religion, de personas que en su infancia dan públicos testimonios de fé sin manilla, y de veneracion religiosa á los misterios.

«Del corresponsal con referencia á carta de Potes tomamos lo siguiente.»

Hace algun tiempo que nada he dicho á vdes. del niño Jesus de Monasterio que sigue haciendo progresos en la música y su violincito octavin. En la romeria Tema que fué el 15 de este, tocó las tandas de rigodon que se bailaron en el prado cerca del puente, mazurca, wals y galop, y por último el fandango, siendo la admiracion de todos especialmente de los que no le habian oido, por su egecucion y admirable compas á que jamás falta por distraido que parezca estar, y cuya armonía la producian los casi imperceptibles deditos y el agil brazo de un hermoso niño que el 22 de marzo cumplio 5 años. Las lecciones de música le fastidiaban en un principio, como era natural, sobre todo cuando eran fáciles; pero desde que empezaron á ofrecer alguna

dificultad, tomó interés y nada se le resiste. Lo primero que tocó por música fueron los coros del *Pirata*, y ya lo hace con dos alegros de la *Straniera* y la *Norma*, y en medio de ser el de este de bastante egecucion, desempeña el primer violin, que hace en todos, con pasmosa limpieza. Varios forasteros, que por haber leído en el periódico de vds. la habilidad de este niño, la cual creían exagerada, se apresuraron á verla, han quedado sorprendidos al oirle. Nada puede haber mas interesante que ver á este niño de bellas formas entre los demas músicos con su papel egecutándole con gracia, soltura y hasta con entusiasmo. Le gusta mucho que le palmoreen. Deja el violin, y sus enredos contrastan grandemente con la posicion que ocupa en la orquesta.

ANUNCIOS.

Aventuras de Telemaco seguidas de las de Aristondo, y de un ensayo sobre la vida y las obras de Fenelon, con 200 grabados. Se publica por entregas de 24 páginas en Valencia á 3 y medio rs. en la librería de *Muriana* y 4 rs. en el resto de España franqueado, el porte. Se admiten suscripciones en las principales librerías del reino, y en Madrid en la redaccion del Correo nacional y en la librería de Boix.

Editor responsable, A. G. Blanco.

MADRID.

IMPRENTA DE VERGES, calle de la Greda n.º. 7.º